



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

XII.

Convicciones Políticas.—“Error” y “Contradiccion.”—Los Desterrados Políticos de Grecia y los de la Actualidad.—Fuerza del Pensamiento.—No hay Destierro para la Idea.—Emigrados Políticos Ilustres.—D. Jose M. Iglesias.—Ejemplos Dignos de Imitarse.—Campo de Lucha.

No vendré, por cierto, á desdecirme en este libro, de lo que con profunda convicción he estampado en otros. Respeto mis propias ideas, buenas ó malas, porque he juzgado siempre, que—como atributo general—las ideas son el patrimonio más alto del hombre. No reputo las más inmodificables, á buen seguro, porque creo en el “error” y creo en el “progreso.” Caer en el error, es menos malo que perseverar en él; y pretender la inamobilidad de los juicios, y aún de las convicciones más arraigadas y extendidas, es negar el progreso, la perfectibilidad moral é intelectual del sér humano.

Todo cambia, se modifica y transforma: lo mismo en la molécula que en el astro, lo mismo en la celdilla cerebral que en el pensamiento.

Pero si cierto es el progreso, posible el error y la modificación necesaria, la “contradiccion” implica desnii-

vel intelectual ó perversidad de ánimo; según que aquél la provenga de necedad ó de malicia.

En lo antiguo, en los tiempos de la Grecia heróica, el ostracismo era el silencio, ó era la traición; según que recayera en un Aristides ó en un Alcibiades. En las playas de la patria que iba á perderse, quedaban el corazón y el pensamiento. Por eso los héroes, al desprenderse del suelo patrio, lloraban como infantes.

Para el DESTERRADO POLÍTICO de los tiempos modernos, el ostracismo no tiene los mismos terrores, ni las mismas negruras. Equivale, tan sólo, para el que discurre y lucha con las armas de la idea, á darles un nuevo vehículo, más poderoso, quizás, para externarse. Y si el desterrado es simplemente un luchador, su pensamiento y corazón le acompañan al extranjero, sin perder un solo instante de vista el terreno donde quizás otros libran sus propias batallas. El ala eléctrica del pensamiento moderno, moldeado en el plomo y hierro de la prensa, y difundido en la hoja volante, dista inmensamente del que se arrastraba durante tres meses, del Ponto á Roma, para caer á los pies del César convertido en este lamento miserable: *Est aliquid spectare deos?* (¿Puede esperarse algo de los dioses?).

Dije en MÉJICO PACIFICADO:

“El pensamiento puede volar donde quiera que hay horizontes libres; por eso no existe el destierro para la idea. Cuando Napoleón III imperaba tiránico en Fran-

cia, esa patria augusta de la emancipación del Pensamiento, Víctor Hugo huyó á Guernesey, miserable islote batido por las tempestades, ¡siempre menos bellas que las que se agitaban en su alma de patriota!—Michelet fué á Bélgica, á estigmatizar desde allí todos los tiranos del mundo; y aun historiógrafos como Villemain, periodistas como Quinet, políticos como Thiers, poetas como Lamartine, antes que vivir en su patria amordazados, prefirieron el destierro.”

En vano se trataría de disputársenos á los EMIGRADOS POLÍTICOS de Hispano-América, un derecho de que amplio uso hicieron centenares de pensadores ilustres—y de los que más han contribuido á la transformación del mundo moderno, ayudándolo á salir de los escombros medioevales.

Si solamente se tiende la vista por ese enjambre de repúblicas, que son hermanas de la nuestra, y donde nuestra propia sangre corre y donde vemos reproducirse á cada paso, no solamente nuestros rostros, sino también nuestros vicios y virtudes, ¡cuán hermosa lista podríamos entresacar de *Emigrados Políticos*, forzados ó voluntarios, que, ora cantaron, como Heredia, Torrelilla y Prieto las agonías y entusiasmos de la desilusión y la esperanza; ora, como Comonfort, trataron de justificar sus errores políticos; ó como el autor de las “*Cartas al Americano*,” y Juárez y Martí, hicieron á la idea precursora de la acción, para desalojar al extranjero del

territorio nacional; ó bien, como Lerdo, sin pensar ni por un solo instante en llevar la revolución y la matanza al país que le negaba un asilo, contentáronse con explicar sus actos, mirando serenamente lo por venir!—Y no debería olvidarse en esa lista, el nombre de Iglesias. Amó la Constitución, cómo sólo se ama á una querida infiel: hasta morir ó matar por ella. Sus *hechos* en la patria, una vez en la lisa, fueron honrados y energéticos; sus *palabras* en el destierro, fueron de sabiduría y perdón!

Tales son los ejemplos que debemos imitar. Si el extranjero mancilla el territorio nacional, que la pluma ceda á la espada; pero si males son *nuestros*, de nuestro propio organismo, sin causas *externas* que los produzcan, pretender curarlos á cuchilladas, ó es crimen ó es locura.—Eso no puede llamarse sencillamente “suicidio.” Puesto que el *asesino* es conocido, la presunción de suicidio desaparece.

Pero ahora se me preguntará: *¿dónde está el CAMPO en que luchar podamos, pacíficamente, por el bien de la patria y su evolución política?*

Donde siempre ha estado—embrionario ó en actividad, pero fácil de descubrir en la historia de todas las evoluciones político-sociales que se han verificado en el mundo;—es á saber, en las “*oposiciones*” saludables, que forman, en un momento dado, los grandes partidos políticos.